

Las mujeres y los lugares del morar

Mujer morada y mujer moradora

Beatriz García Moreno

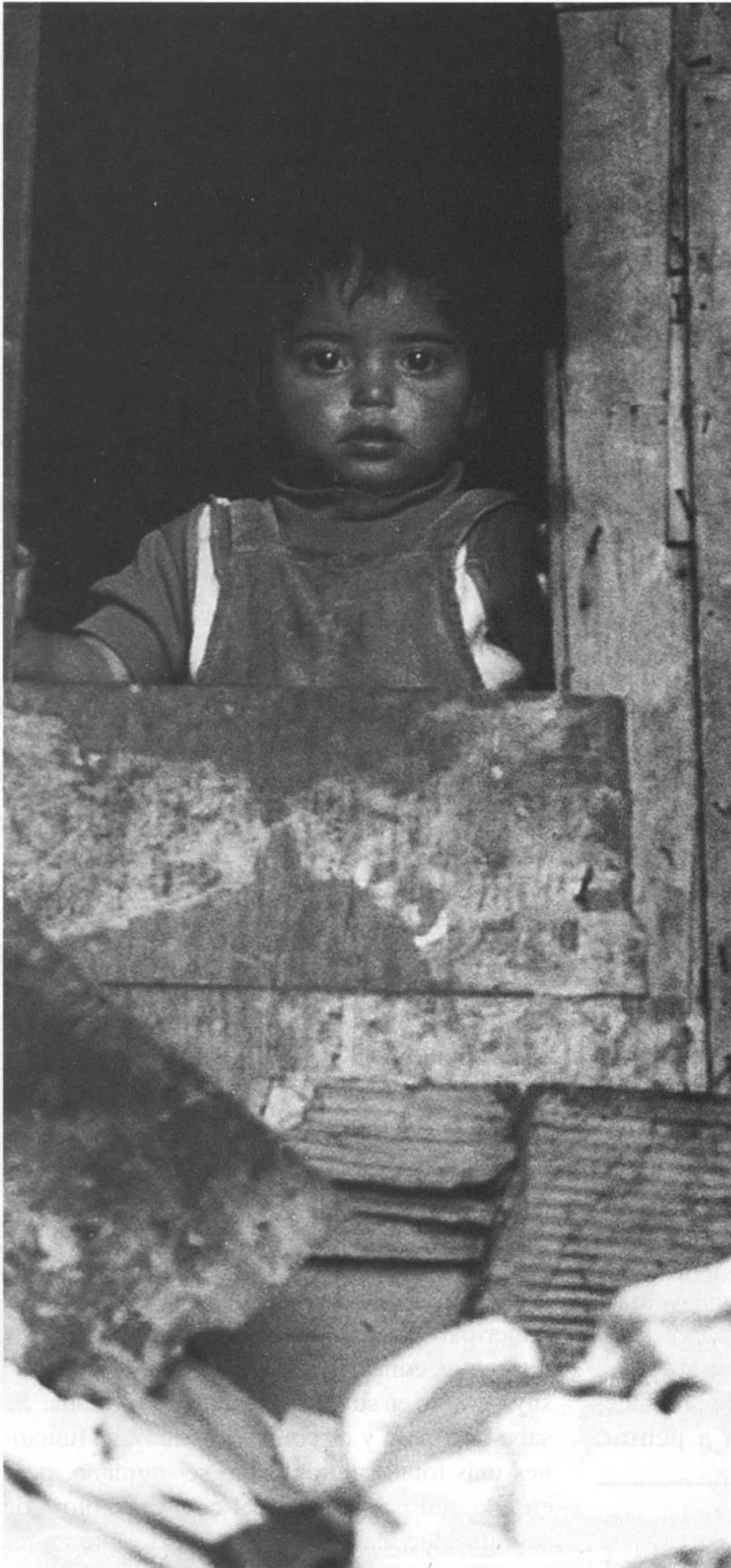
Arquitecta Ph.D. Decana Facultad de Artes
Universidad Nacional de Colombia.
Integrante del Grupo Mujer y Sociedad.

Esta reflexión se centra en el papel de la mujer como participante en la creación de los lugares del morar; en tanto que a la par del hombre, ha sido configuradora de los espacios que se construyen con el transcurrir de la vida. En este amplio sentido, su desempeño ha sido muy importante aunque podría decirse que limitado, a pesar de la gran potencialidad que posee para ello. La contribución de la mujer en la construcción de lugares no puede separarse de la conciencia que tiene de sí misma, de su cuerpo y del papel que se le ha asignado y ha asumido en las diferentes culturas.

Los lugares de los que aquí se habla no son meros espacios físicos a los cuales se puede acceder desde la distancia, como objetos aprehendibles y manipulables a través de conocimientos geométricos y matemáticos, sino aquellos espacios que son apropiados afectivamente y convertidos en parte significativa del mundo de cada quien. Los lugares se construyen en la cotidianidad, en las relaciones que se establecen con los otros y con los objetos, son puentes como diría Heidegger¹, que unen dos orillas, develándolas, poniéndolas de presente, configurando el lugar.

La participación que se quiere poner de presente y que clara-

¹ Ver Martin, Heidegger, «Building, Dwelling and Thinking», Harper & Row Publishers, San Francisco, 1976.



mente hace parte de la construcción del hábitat, no aparece en las historias de la arquitectura pues ellas hablan más de los espacios edificados que de los vividos y la mención a la mujer es casi ninguna. En estas historias que narran quienes han sido los autores de las ciudades, de los edificios que las conforman y de los monumentos que sintetizan la historia de una comunidad, no parece haber espacio para estos lugares, ni tampoco para las mujeres. Sin embargo, es necesario analizar este campo con más cuidado, pues es sabido porque en ocasiones se les nombra de paso, que cerca a algunos de los grandes arquitectos ha habido mujeres que han participado activamente en la producción de sus obras. Es el caso, por ejem-

plo, de Mackintosh a fin del siglo pasado, quien inició la Escuela de Glasgow en conjunto con su esposa; igualmente, Alvar Aalto, arquitecto finlandés de este siglo e importante representante de la arquitectura moderna, estuvo casado con una arquitecta y compartió con ella sus trabajos. En textos de esta segunda mitad de siglo, las referencias empiezan a hacerse más inevitables; por ejemplo se incluyen parejas como los Smithsons, y ya no puede desconocerse el papel de arquitectas como Carmen Pinós, en Barcelona, aunque muchas veces, sus obras se mencionan bajo el nombre de quien fue su esposo y ella queda en el silencio; o el de Zaha Hadid quien se desempeña desde Inglaterra, o el de Helen de Garay en Venezuela.

Afortunadamente en las últimas décadas de este siglo, algunas mujeres han iniciado investigaciones sobre la historia de la arquitectura, con el fin de dilucidar con mayor precisión cuál ha sido el papel de la mujer en la construcción del hábitat. Ellas llegaron a la conclusión que en diferentes culturas y épocas históricas, las mujeres, no solamente se apropiaron afectivamente de las construcciones hechas por el hombre a través del transcurrir cotidiano, sino que ellas mismas crearon esos espacios. En el texto «Arquitectura es Femenino» de Giovanna Mérola Rosciano², se encuentran diferentes menciones a este hecho aunque se sigue reconociendo la falta de información al respecto.

Ahora bien, si se parte del concepto de lugar arriba anotado y de la observación de la experiencia diaria, es posible decir que las mujeres a través de la historia han jugado un papel muy importante en la construcción del lugar, esto es, en la apropiación afectiva de los espacios. Esta contradicción entre esas historias de la arquitectura, las investigaciones recientes de las mujeres y la experiencia diaria, lleva a pensar:

primero, que parece existir una diferencia entre el edificar y el crear lugar; podría decirse que, en general, las historias institucionalizadas recogen los lenguajes estilísticos de la arquitectura, las tendencias y el surgimiento de los modelos urbanos, pero no la manera cómo esos lenguajes y edificios son vividos; por ello, las mujeres como creadoras de lugar, no tienen cabida.; y segundo, que quizás, la subordinación de la mujeres durante tanto tiempo a los mandatos patriarcales, les ha impedido reconocerse en toda su potencialidad y, por ello, sus intervenciones arquitectónicas -cuando las ha habido- han permanecido en la mayoría de los casos silenciadas detrás de nombres de hombres, que además de haber detentado el poder en Occidente y creado los lineamientos para el hábitat, tienen una manera diferente de vivirse a sí mismos.

Teniendo pues como obstáculo para esta reflexión la falta de referencia histórica, bien porque la historia de la arquitectura aún no ha contemplado el tema de la constitución de lugar, o bien porque el silencioso papel de la mujer en occidente no le ha permitido una mayor presencia, trataremos de mostrar en las líneas siguientes, cómo la mujer ha contribuido y puede contribuir a la creación de esos lugares del morar, partiendo de una mirada sobre y desde ella misma, en su experiencia cotidiana de estar en el mundo, con base en el análisis de las imágenes de mujer-morada y mujer-moradora.

La mujer-morada se mirará en dos momentos: primero, como mujer-fecundada, receptora de la semilla de la vida, que sabe de la habitabilidad de su cuerpo en tanto portadora de ésta y en tanto nutriente en su desarrollo; y segundo, como mujer-partícipe en su fecundación, esto es, aquella que es consciente del aporte del otro y del suyo propio en su transformación en morada. Se sabe habitable y es consciente de otras funciones más totalizadoras como ser humano, pero en ella aún prima su papel como receptora de semillas de vida en las diferentes formas en las

² Giovanna Mérola Rosciano, «Arquitectura es Femenino», Alfadil Ediciones, Colección Tópicos, Caracas, Venezuela, 1991.

que ésta se presente. Al examinar la mujer-moradora, se pondrá de presente aquellas imágenes de mujer que habita, que como tal sabe del cuerpo del otro, y de cómo recorre y mora en ese cuerpo, inyectándole vida, habitándololo y modificándolo. En las tres situaciones mencionadas, las dos primeras en relación con la mujer morada y la tercera en relación con la mujer moradora, se examinara cómo la mirada sobre sí misma se despliega y extiende en su experiencia y acción de morar, configurando un mundo y ofreciendo diferentes posibilidades de movimiento.

La mujer-morada se relaciona con el papel de la mujer-fecundada-madre, en su papel no institucional de configuradora de lu-



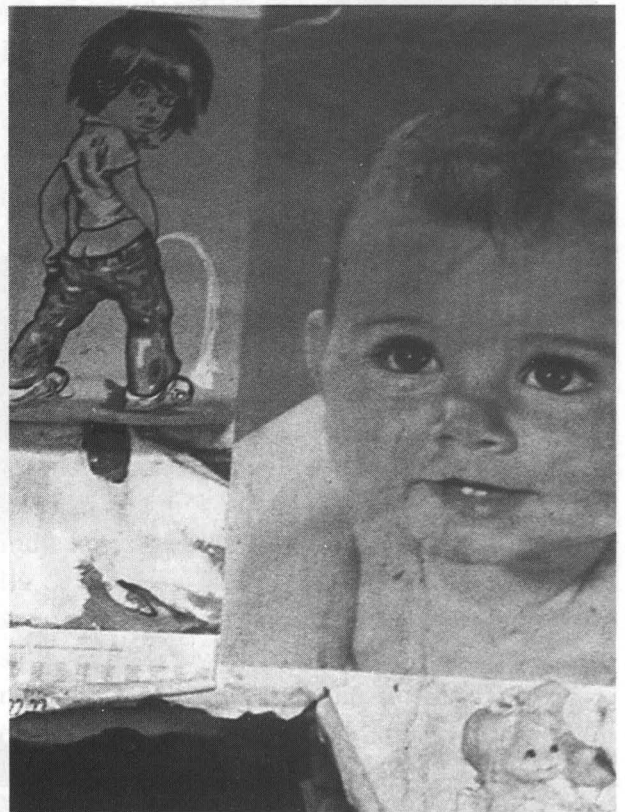
gares cotidianos, de transfiguradora de los espacios que la arquitectura le ofrece y que ella transforma infundiéndoles características como calor, refugio, intimidad y sutileza. Aquí aparece una imagen de mujer circunscrita a su papel como morada que se concibe así misma como la madre. La conciencia de su cuerpo como contenedor-receptor-nutriente de otra vida la lleva a proyectarse hacia afuera y a configurar un mundo donde ese saber sobre sí misma está presente. Es así como se la ve apropiándose de los espacios donde se mueve para transformarlos en lugar; determinando así la manera cómo cada uno de esos lugares la representa, como ellos se convierten en sus propias extensiones y cómo, a través de ellos, despliega el conocimiento que tiene de sí misma. Las imágenes que proyecta son desde su propia concavidad, desde su propia experiencia como contenedora, como morada, donde todo está protegido; un interior adecuado donde el cuerpo se aliviana por el líquido donde se mueve, donde la alimentación está dada y donde no hay exposición al exterior. Esta experiencia la prolonga posteriormente cuando sigue cumpliendo su papel en la crianza y transforma el exterior en imágenes de su interior protector llevando calor, aliviando el pasar, alimentando, creando y adecuando espacios para ello. Esta función como morada se extiende a todas aquellas actividades donde

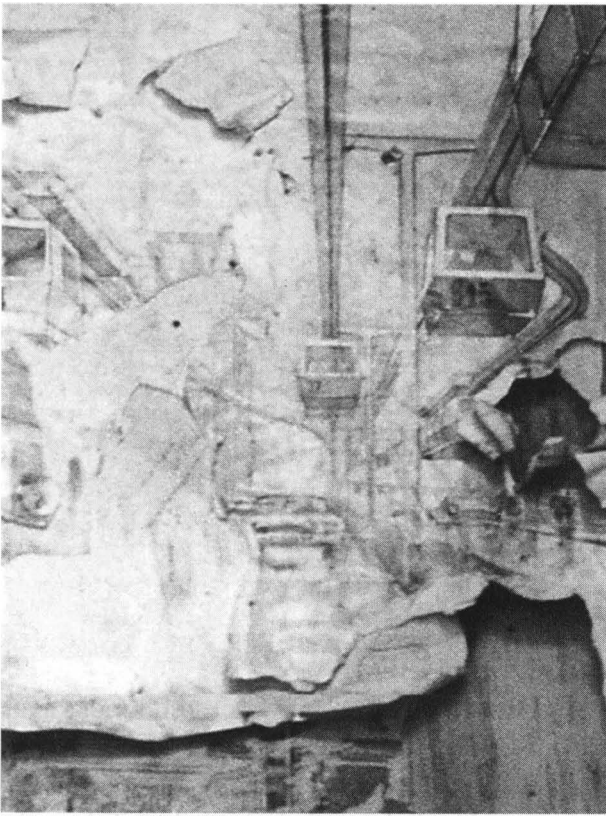
se desenvuelve, en su casa y en su trabajo. Ser morada es el papel que se le ha asignado socialmente.

La segunda imagen está dirigida a explorar a la mujer-partícipe en la fecundación que la convierte en morada. Es la mujer consciente del proceso de transformación de la semilla, del proceso de transformación de su cuerpo que reconoce la presencia del otro para ello y su propio aporte. Su papel lo extiende a estar vigilante, a atender su transformación, a cuidar que esto suceda exitosamente. Esta actitud le permite, de alguna manera, participar más activamente en la configuración de esa morada, le exige reconocerse a sí misma en esa transformación y reconocer cada uno de los cambios de su cuerpo. Y es así que cuando la sociedad le da cabida a que participe en sus espacios de producción y en la esfera pública donde se toman las decisiones sobre la dirección del mundo, esta experiencia parece darle una predisposición para asumir un papel importante en la construcción del hábitat. Aquí podría aludirse directamente a la mujer vinculada a la arquitectura, oficial o no oficialmente, y verla como aquella que de alguna manera recupera la memoria de experiencias primigenias provenientes de la vivencia de sí misma y de sus antepasados.

Aunque ya se anotó que en las historias de la arquitectura no existe casi ninguna mención a la mujer, es necesario mirar el tema con más cuidado y detenerse en la actualidad de occidente y específicamente de nuestro medio. De hecho a partir de mediados de éste siglo, las escuelas de arquitectura han empezado a recibir un número importante de mujeres, llegando a significar hoy alrededor de un 50% de sus estudiantes. Pero aun así la producción arquitectónica con su autoría es mínima. Las mujeres salen de las facultades de Arquitectura y parecen quedar desaparecidas del medio, especialmente del diseño. Entonces surge la pregunta: ¿qué pasa con las mujeres arquitectas?. Aunque se requiere de

una amplia investigación para responder este interrogante, que diferencie lo que sucede en los países del norte y en de los del sur y, que especifique lo propio de cada cultura y que de cuenta de los diversos matices que deben acompañar a esta problemática, puede decirse apoyándose en investigaciones concluidas por algunas mujeres como las de Venezuela, reseñadas en el texto de Giovanna Mérola Rosciano, o unas primeras aproximaciones hechas en nuestro medio y en otros países de América Latina, que en general nuestras arquitectas se vinculan a oficinas de diseño o construcción pertenecientes a hombres quienes son los responsables de los trabajos, o se retiran a ejercer su función de madres, dejando un espacio muy pequeño para el desarrollo de su profesión e invirtiendo su mayor energía en la tarea de la crianza. Son muy pocas las arquitectas que tienen su propia oficina y que han logrado sobresalir como diseñadoras. Sin embargo ésto no quiere decir que sus productos sean inferiores a los del hombre, sino que al estar cubiertas por el nombre del varón, su patrón,





sus obras, así como sus hijos, llevan el nombre de aquel y no el suyo. Muchas veces, en estos trabajos asumen una actitud que las lleva a repetir su experiencia como receptoras de semillas encargadas de desarrollarlas; esto es, reciben ideas iniciales provenientes de los dueños de la empresa y las desarrollan, transmitiendo al hacerlo su papel como mediadoras, como puente entre la nada y el ser, como espacio de transición entre el deseo y la obra, como instrumento, como espacio necesario para llegar a ser. En estos casos la experiencia de sí misma como habitación no ha podido ser transmitida con la fuerza debida, pues aquí parece someterse a lo establecido, a la visión del hombre de esa morada, desde la entrada, desde afuera. Las arquitectas parecen carecer de la fuerza necesaria para compartir con el hombre la construcción de ciudades y edificios, para proponer espacios acordes con una visión más totalizadora y múltiple de ellas mismas y mostrar cómo, en la mayoría de los casos, los espacios en los que se han movido han estado diseñados de acuerdo con nece-

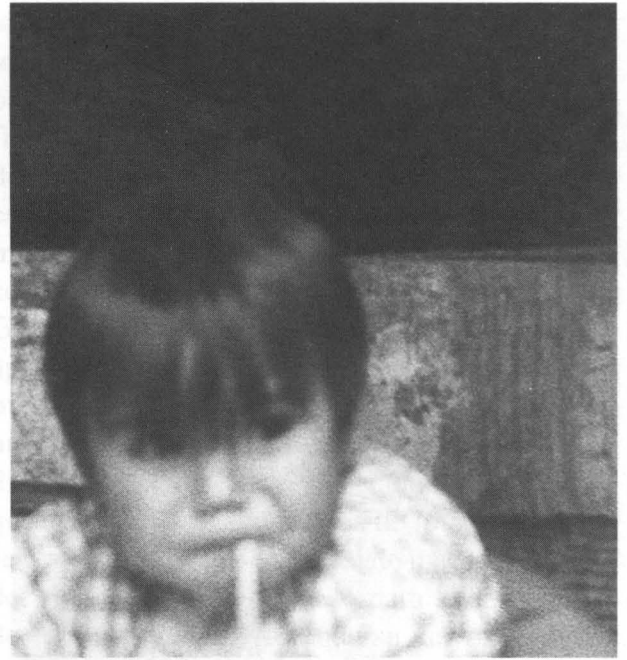
sidades de sistemas económicos o políticos en los que no han tenido cabida, y han contado tan solo en papeles fragmentarios.

Como puede verse, las dos imágenes anteriores transmiten conocimientos parciales de la mujer; su vivencia como morada y su vivencia como receptora de una semilla en la cual ella colabora para que se de. Sin embargo, hay otra experiencia de sí misma que habría que considerar si se quiere tener una visión más compleja y múltiple que ayudaría a que su presencia en el desarrollo del hábitat sea más definitiva. Esto se refiere a contar con su propia experiencia como moradora, esto es, como habitante de otro. Esta experiencia completamente originaria remite de un lado a su estancia en el útero, pero también, a la posibilidad y modo de amar a otro, de habitarlo. El poner de presente ésto le implica tener que recuperar aquellos lugares que no ha podido aún explorar, sea por estar anclados en un rincón de la memoria a causa de la imposición de normas y censuras generadas por la cultura, que le recuerdan incisivamente que su papel es el de ser morada-madre, o porque aún la propia vivencia de sí misma no se ha extendido al otro a habitarlo, sino que se ha volcado hacia su propia interioridad, hacia la seguridad que le da su cuerpo como contenedor, olvidando que ella misma también ha tenido que morar, que ser habitante de otro. Sus experiencias primigenias como habitante de otro le dan la posibilidad de encontrar por fuera de sí misma donde morar, liberándola de su papel único como morada. Su cuerpo ya no es solamente el cuerpo seductor que se expone al público, que se expresa en todo aquello que tiene para mostrarse hacia afuera con el fin de ser habitado y desplegarse en su posibilidad de cobijo y protección, de útero envolvente, refugio, aislamiento, nutriente que se despliega en la cotidianidad protectora de los espacios que habita invitando a ese retorno a su interior; ahora su cuerpo se desplaza hacia el otro y lo reconoce en sus texturas, líneas, tensiones y calor; reposa en el otro, indicándole y permiti-

tiéndole ser también contenedor. Este recorrido lo hace desde sus propios espacios, con los movimientos que ellos le indican, con su cuerpo hecho de transiciones, de lugares de vínculo, de túneles, de redondeces, de huellas de haber sido habitado; ya no espera pasivamente a ser habitada sino que ella misma dirige su deseo para habitar a otro y expande en él y en el mundo esa experiencia.

Cuando la mujer retorna a su experiencia primigenia de haber sido habitante, de haber vivido y disfrutado otro cuerpo, recupera o descubre su posibilidad de movimiento; no es más el objeto quieto que espera desde un solo punto ser habitado; recobra la movilidad para recorrerse y reconocerse o para ir al otro y recorrerlo, creando relaciones que le dan una nueva mirada al mundo, que le imprimen su propia visión, creando nuevas texturas con base en nuevas relaciones, no fijas, sino variadas. Esa visión múltiple podrá darle al mundo otros lugares. Actualmente, empiezan a surgir propuestas que podrían interpretarse en esa perspectiva; es el caso de Zaha Hadid, arquitecta iraní educada en Londres, citada anteriormente, en cuyo trabajo parece estar presente ese desplazamiento al introducir una nueva manera de posicionarse en frente de la creación de la obra. Esta deja de ser un objeto quieto que se configura poco a poco desde un único punto de vista, sino que logra sus posibilidades de forma en el movimiento que implica su percepción desde diferentes puntos de vista, desde sí misma y desde su trabajo, presentando la obra como un objeto cambiante y múltiple, haciendo parte de un contexto que en ese girar también se modifica y recompone.

Hay otros campos del proceso de la producción y recepción de la arquitectura, como es el de la historia y la teoría, en los cuales es posible ver en los últimos décadas el desempeño de una serie de mujeres que empiezan a tener un papel protagónico introduciendo nuevas reflexiones sobre la arquitectura, quizás continuando con



una antigua tradición que hace referencia a su participación como lectoras de oráculos, como descifradoras del futuro, como intérpretes del presente, develadoras de lo invisible. Tal vez la cercanía a la producción de la vida, el ser ellas mismas recipiente e instrumento, le han permitido el conocer secretos o caminos para hablar de lo invisible, para captarlo y traerlo afuera. Pero aun es necesario que esta visión incluya una mirada más totalizadora de lo que ellas son, que les permita recuperar sus propias vivencias e introducir en sus análisis la diferencia que les da la vivencia de sí mismas y de su corporalidad.

Son pues todas estas experiencias primigenias las que hacen que no pueda desconocerse el papel jugado por la mujer en la construcción de lugares del morar. Su cuerpo en sí mismo es habitable, es casa, es útero, es vagina, vasija, lugar de adentro, lugar que se adecua para recibir, que se adecua para ser morada, para alimentar, pero también para habitar a otro y reconocerlo. El saberse en esta multiplicidad le permitirá desempeñar más claramente su papel en la configuración del hábitat.

1999 será el año de la



**cultura y salud
para todos los colombianos
y colombianas**

**1200 Millones
al Mayor**

**2800 Millones
en Premios**

**Cada
Quincena**

